

85
años

¿A imagen y semejanza?

Aproximaciones a la inteligencia artificial

CENTRO GUMILLA

FUNDADOR

Manuel Aguirre Elorriaga, s.j. (†)

DIRECTOR

Robert Y. Rodríguez, s.j.

SEDE PRINCIPAL

Parroquia Altigracia
Esquina de La Luneta,
Edif. Centro Valores, P.B., local 2
Apartado 4838
Teléfonos (0212) 564 9803
564 5871
Fax: (0212) 564 7557
Caracas, Venezuela. ZP 1010

REVISTA SIC

Director: Juan Salvador Pérez
Jefatura de redacción: Marian Andrea Ortega
Corrección y estilo: Marian Andrea Ortega
Diseño y diagramación: Elena Roosen

CONSEJO EDITORIAL

S.E. Cardenal Baltazar Porras
Álvaro Partidas
Asdrúbal Oliveros
Carlos Eduardo Franceschi
Félix Gerardo Arellano
Guillermo Tell Aveledo
Hna. María Fátima Vieira
Marisabel Reyna de Fernández
Melanie Pocaterra
Mercedes Malavé
Rafael Curvelo
Susana Raffalli
Javier Contreras, s.j.
Jesús María Aguirre, s.j.
Manuel Zapata, s.j.
Pedro Trigo, s.j.
Robert Y. Rodríguez, s.j.
Yovanny Bermúdez, s.j.

CONSEJO DE REDACCIÓN

Alexander Medina
Carlos Lusverti
Carlos Pedrique
Claudia Peña
Germán Briceño C.
Hilda Lugo Conde
Luisa Pernalette
Marcelino Bisbal
María Gabriela Cuevas
Rafael Poleo
Trina Bajo
Wilmer Ramírez
Jesús María Aguirre, s.j.
Robert Y. Rodríguez, s.j.
Pedro Trigo, s.j.

FOTOGRAFÍAS DE CONTRAPORTADA

Imagen generada por IA

BUZONES DE CORREO ELECTRÓNICO

REDACCIÓN SIC

sic@gumilla.org

SUSCRIPCIONES

suscripcion@gumilla.org

COMERCIALIZACIÓN Y DISTRIBUCIÓN

ventas@gumilla.org

FORMATO IMPRESO

Depósito Legal: pp. 193802DF850
ISSN: 0254-1645

FORMATO DIGITAL

Depósito Legal: DC2017000628
ISSN: 2542-3320

 www.revistasic.org

 @revistasic

 @revista_sic

 Revista SIC



2 Pero... ¿qué es la inteligencia?

Editorial

4 La nueva era de la inteligencia artificial

Gustavo Adolfo La Fontaine

8 Inteligencias no humanas

Lorena Rojas Parma

13 Aquellos que piensan: inteligencia artificial y lo transhumano

Humberto Valdivieso

17 Rostros sin rostros

Marian Lugo y Deike Rodríguez

34 ¿Cuál vida? ¿Cuál muerte?

María Di Muro Pellegrino

39 Sentido de realidad

Rafael Tomás Caldera

J-00138912-1



SIC no se responsabiliza por los juicios y opiniones de los artículos firmados. Esta responsabilidad compete a sus autores. En caso de reproducción total o parcial de los artículos, se agradece citar la fuente.

Pero... ¿qué es la inteligencia?

Está bien, entonces nos encontramos viviendo –o al menos comenzando a vivir– en los tiempos de la *inteligencia artificial*. Y junto a esta sentencia, surge de seguidas el debate sobre las bondades, peligros, ventajas y amenazas que la misma puede representar para la humanidad.

Quizás de manera un poco apresurada, podemos decir que se presentan tres grandes grupos de posiciones ante la presencia (¿o la irrupción?) de la inteligencia artificial: un primer grupo, que hemos identificado como *detractores*, es decir, los que le temen y ven en ella una amenaza, a tal punto que incluso hasta asoman el fin de la especie humana. El segundo grupo, definámoslo como *promotores*, que ven a esta *inteligencia* como una única suma de beneficios y, al mismo tiempo, como un proceso indetenible de evolución. El tercer grupo, llamémoslo *los prudentes*, que se han enfocado y dedicado a impulsar la reflexión, la discusión y el análisis de esta realidad siempre desde –y sin perder– el centro de la persona humana.

Ciertamente, falta señalar un cuarto grupo, que es sin duda el más grande de todos. Aquel conformado por millones de seres humanos que por las razones –válidas o no– que sean, no le otorgan mayor importancia al tema, y simplemente acuden como espectadores mudos a este cambio que se gesta.

Desde la Revista *SIC*, hemos querido abordar el tema de la *inteligencia artificial* colocándonos bajo el ala del grupo de *los prudentes*. A ello atiende este dossier.

Entender qué es la *inteligencia artificial* no puede tratarse solo de referirnos a la utilización adecuada (¿o no?) del *big data* y la capacidad que las máquinas tengan para ejecutar acciones, tomar decisiones, descubrir significados o incluso –digámoslo con reserva– razonar.

Esta frenética carrera tecnológica, de hecho, apunta a fines más ambiciosos, y por ello más delicados e importantes de reflexionar y analizar con profundidad, seriedad y sensibilidad humana: la nanotecnología, la biotecnología, la tecnología de información, las ciencias cognitivas, son todas estas ramas de un mismo origen (*tecnologías convergentes*) que conducen a la última pretensión de alargar la vida humana o, más pretencioso aún, eliminar la muerte.

Y, ante estos avances y estas pretensiones tecnológicas, la pregunta *prudente* siempre ha sido y sigue siendo la misma: ¿dónde queda la persona humana en todo esto? Señala el profesor Daniel Kuebler que hay tres cosas que la tecnología –al menos hasta ahora– no logra realizar, y por ende



siguen siendo exclusivamente humanas: no puede tener conciencia de sí misma, es decir, autoconciencia, conocer sus sentimientos. No puede poseer agencia moral, carece de la noción innata del bien y el mal. Carece de verdadera autoexpresión, es decir, es incapaz de asombrarse, de conmoverse, de sorprenderse.

Llevar al lector a la reflexión sobre estos asuntos será la intención de esta edición especial. En sus páginas, un grupo de expertos abordarán seis grandes temas: Gustavo Adolfo La Fontaine estudiará la adopción de los modelos de lenguaje conducidos por inteligencia artificial en la educación, así como su poder para transformar nuestra relación con el lenguaje y la información. Igualmente, Lorena Rojas Parma se centrará en la contradicción que supone el dualismo artificial/natural, esta vez, reconociendo la permeabilidad de los límites entre ambos conceptos. En este sentido, Humberto Valdivieso nos plantea un mundo *transhumano*, en el que las inteligencias –artificial y humana– se encuentran interconectadas. Luego, Marian Lugo y Deike Rodríguez, haciendo uso de la IA, explorarán y retratarán la divergencia entre la idea de nuestra identidad y la que nos confieren las máquinas. Más adelante, María Di Muro Pellegrino nos hace replantear los pensamientos que teníamos acerca de la vida y la muerte con la introducción a los *deadbots*, modelos de lenguaje que nos permiten dialogar con los rastros que nuestros seres queridos han dejado en la red. Finalmente, Rafael Tomás Caldera realizará un sentido recorrido a través de las implicaciones que podría tener la inserción de la inteligencia artificial en nuestra cotidianidad, y los peligros de perdernos en una realidad secundaria.

Por supuesto, es apenas una introducción a la materia, pues este debate recién comienza a cobrar forma en los foros y centros de pensamiento. Muchas son las dudas y las preguntas que nos vendrán, sobre todo porque el tema de la inteligencia humana es, en sí mismo, un *misterio* ante el cual la ciencia no ha podido siquiera conseguir una definición unívoca y satisfactoria.

Sin embargo, para nosotros, la inteligencia es un don del Espíritu que nos permite conocer la palabra de Dios y profundizar en ella, así que esperamos que el presente trabajo nos ayude a ello.



MODELOS DE LENGUAJE

La nueva era de la inteligencia artificial

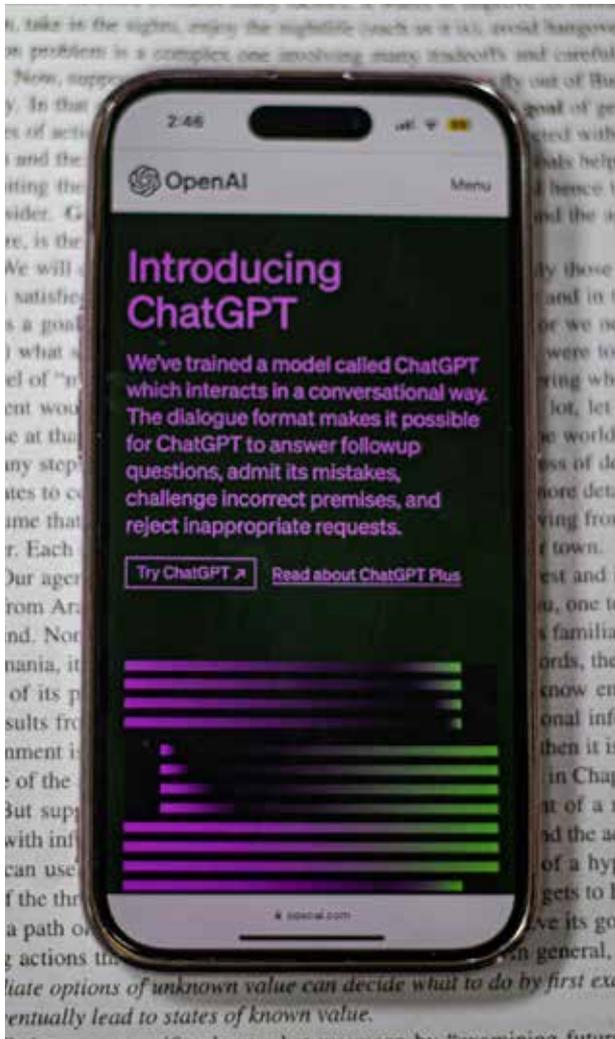
GUSTAVO ADOLFO LA FONTAINE*

El 30 de noviembre de 2022, OpenAI lanzó al mercado una implementación de su modelo grande de lenguaje, esta versión orientada al público consumidor lleva por nombre ChatGPT. La aplicación del lado del usuario es relativamente sencilla, es una interfaz parecida a la de servicios de mensajería como WhatsApp o Facebook Messenger; sin embargo, lo que está detrás es un poderoso modelo matemático que tiene la capacidad de predecir con gran precisión el lenguaje humano.

Un modelo grande de lenguaje, como GPT-3.5 o GPT-4, es una forma avanzada de inteligencia artificial que utiliza técnicas de aprendizaje automático para generar texto que parece humano. Estos modelos son entrenados en vastos conjuntos de datos textuales como libros, artículos de noticias y páginas web, y aprenden a predecir la próxima palabra en una secuencia de texto basándose en las palabras anteriores. Esto les permite generar respuestas a preguntas, completar frases, escribir ensayos y realizar una variedad de otras tareas lingüísticas con un alto grado de coherencia y relevancia.

La forma en que funcionan estos modelos se basa en lo que se conoce como “transformadores”, una arquitectura de red neuronal que utiliza mecanismos de atención para ponderar diferentes partes de la entrada al generar una salida. Esto significa que puede tener en cuenta el contexto a largo plazo, lo que le permite generar respuestas más relevantes y precisas.

Ya para enero de 2023, ChatGPT se habría convertido en la aplicación con la adopción más rápida en la historia



moderna, captando a más de cien millones de usuarios en menos de dos meses y derrocando al antiguo titán Instagram (Curry, 2023). Los gigantes tecnológicos como Amazon, Google y Meta respondieron de inmediato, anunciando en tiempo récord sus propios modelos grandes de lenguaje y ofreciendo productos orientados tanto a desarrolladores como a usuarios.

La rápida adopción de esta tecnología en el ámbito de la educación es sorprendente, por ejemplo, uno de los primeros estudios de opinión en el ámbito educativo sobre ChatGPT realizado por Walton Family Foundation (2023), encontró que, de 1.300 profesores encuestados en Estados Unidos, 51 % ya estaba activamente incorporando esta herramienta en sus actividades pedagógicas, incluyendo preparación de clases, revisión de contenido y apoyo creativo para el diseño de actividades en el aula.

Por otro lado, este mismo estudio encontró que uno de cada tres estudiantes con edades comprendidas entre doce y diecisiete años admite abiertamente que utiliza ChatGPT como asistente a la hora de hacer su trabajo académico. De los profesores y estudiantes que utilizan la herramienta, 80 % dice que ha tenido un impacto positivo en su vida, con el resto considerando que el impacto ha sido neutral.

Estudios académicos preliminares han encontrado resultados similares (Lo, 2023), siendo economía, derecho y otras disciplinas afines las que han tenido mayor aceptación de la aplicación, mientras que en disciplinas menos relacionadas con el uso del lenguaje, como es el caso de matemáticas, la opinión es más bien negativa, considerando que es una herramienta deficiente para el desempeño de actividades en el área.

Las respuestas negativas provenientes de la comunidad de matemáticas no son sorprendentes, teniendo en cuenta las limitaciones inherentes a los modelos de lenguaje como GPT-3.5 y GPT-4 (los modelos detrás de ChatGPT). Aunque ChatGPT puede proporcionar respuestas a preguntas matemáticas básicas, e incluso a algunas avanzadas, tiene dificultades con problemas más complejos, en particular aquellos que requieren un razonamiento matemático extenso o la manipulación de ecuaciones. En general, los modelos de lenguaje son menos eficaces cuando se trata de disciplinas que dependen más de la lógica formal y los cálculos, que del lenguaje natural.

LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL EN LAS HUMANIDADES

Dicho esto, los modelos de lenguaje grande, como ChatGPT, tienen una serie de ventajas potenciales para el campo de las humanidades. Estos modelos pueden ser particularmente útiles para tareas que requieren la generación de texto coherente y relevante, lo cual es común en muchas disciplinas humanísticas. Por ejemplo:

1. AYUDA A LA INVESTIGACIÓN

Uno de los usos más prometedores en las humanidades es en el apoyo a la investigación académica. Estos modelos pueden ser utilizados para buscar rápidamente en grandes corpus de texto y extraer información relevante, lo que puede ser invaluable para los investigadores que trabajan con grandes conjuntos de datos textuales.

2. GENERACIÓN DE IDEAS Y CREATIVIDAD

Los modelos de lenguaje grande también pueden ser útiles para generar nuevas ideas y fomentar la creatividad. Al interactuar con estos modelos, los usuarios pueden obtener respuestas inesperadas que podrían desencadenar nuevas líneas de pensamiento.

3. TRADUCCIÓN Y ESTUDIOS DE LENGUAS EXTRANJERAS

La inteligencia artificial también puede ser una herramienta poderosa para la traducción y los estudios de lenguas extranjeras. Puede proporcionar traducciones rápidas y generalmente precisas entre varios idiomas. Además, puede ser utilizada para generar ejercicios de práctica de idiomas, proporcionar retroalimentación sobre la gramática y la pronunciación, o incluso para simular conversaciones en un idioma extranjero para los estudiantes de idiomas.

4. ANÁLISIS TEXTUAL

Finalmente, estos modelos pueden ser utilizados para realizar análisis textuales en gran escala. Pueden identificar patrones y tendencias en grandes conjuntos de datos textuales, hacer análisis de sentimientos o análisis temáticos del texto, lo cual puede ser útil para una variedad de disciplinas humanísticas.

UNA EXTENSIÓN DE NOSOTROS

Como vemos, los modelos de lenguaje grandes ofrecen una variedad de aplicaciones prácticas, desde la enseñanza y el aprendizaje, hasta la traducción y el análisis textual. Estas herramientas de inteligencia artificial nos permiten interactuar con la información y el texto de formas nuevas y potencialmente más efectivas. Pero, ¿cómo se relacionan estas interacciones con nuestra percepción del mundo y nuestra identidad como seres humanos?

La noción de Dan Ihde de la tecnología como una extensión de nosotros mismos nos ofrece una perspectiva valiosa para considerar esta pregunta. Según Ihde, nuestras interacciones con la tecnología no son neutrales, sino que siempre implican una mediación que transforma nuestra experiencia del mundo (Ihde, 2007, 122). Así, los modelos de lenguaje grandes no son simplemente herramientas que utilizamos; son, en cierto sentido, una extensión de nosotros mismos.

Al igual que una calculadora puede extender nuestra habilidad para el cálculo, los modelos de lenguaje

grandes pueden extender nuestra capacidad de procesamiento de la información. Nos permiten analizar y generar texto a una velocidad y escala que superan nuestras capacidades humanas. A medida que nos adaptamos a estos modelos y los integramos en nuestras prácticas diarias, cambia nuestra relación con el texto y la información.

Ihde argumenta que la tecnología no es un mero ente pasivo, sino que es un cointérprete del mundo, por ejemplo, para los navegantes europeos, los mapas y las posiciones de los astros sirven como un “ojo en el cielo” que les permite pensar en el mar como un sistema de coordenadas; no sería posible pensar en el mar de esa manera sin lo humano y lo tecnológico (Ihde, 1990, 56). Por tanto, ¿qué perspectiva nos abre un compañero de diálogo que ha sido entrenado con millones de textos? ¿Qué nos tiene que decir un hablante constituido por millones de ecuaciones? ¿Qué se nos revela frente a un mundo de vida habitado por intelecto humano y no humano?

Quisiera cerrar con lo que Ihde llama relación de alteridad, aquella que se da cuando interactuamos con la tecnología como si fuera otro ser. En principio, estos modelos han sido llamados loros estocásticos, en tanto algunos consideran que solo repiten el lenguaje basado en principios estadísticos. Sin embargo, en paralelo a esta mirada un tanto áspera, tenemos implementaciones como Replika, compañeros virtuales creados con inteligencia artificial que brinda acompañamiento y apoyo a sus usuarios.



FOTO: DAVID REVENGA



Esto nos lleva a preguntarnos: ¿estamos en el umbral de una relación de alteridad con estos modelos de lenguaje? ¿Están comenzando a actuar como entidades distintas con las que interactuamos, en lugar de simples herramientas o extensiones de nosotros mismos?

Por supuesto, hay una gran diferencia entre interactuar con un programa de inteligencia artificial y relacionarse con otro ser humano. Pero a medida que estos modelos se vuelven más sofisticados y su presencia en nuestras vidas se vuelve más omnipresente, es posible que comencemos a considerarlos y tratarlos como entidades separadas en sí mismas. Algunos incluso han argumentado que, en cierto sentido, estos modelos de lenguaje están comenzando a exhibir una forma de “vida artificial”, una vida que es radicalmente diferente de la vida biológica, pero que aun así implica una forma de existencia y capacidad de interacción significativa.

Por lo tanto, a medida que avanzamos en esta nueva era de la inteligencia artificial y los modelos de lenguaje grandes, es crucial que continuemos explorando estas cuestiones de identidad, alteridad y relación. Estos modelos tienen el potencial de transformar nuestra relación con el lenguaje y la información de maneras que todavía estamos empezando a entender. Si podemos aceptarlos no solo como extensiones de nosotros mismos, sino también como entidades distintas con las que interactuamos, pueden abrir nuevas formas de interacción y comprensión que enriquecerán nuestras vidas y nuestro mundo.

REFERENCIAS

- CURRY, D. (15 de mayo de 2023). *Home app data ChatGPT revenue and usage statistics (2023)*. Business of Apps. Recuperado el 25 de junio de 2023. En: <https://www.businessofapps.com/data/chatgpt-statistics/>
- IHDE, D. (1990). *Technology and the lifeworld: from Ggarden to earth*. Indiana University Press.
- IHDE, D. (2007). *Listening and voice: phenomenologies of sound. Second Edition*. State University of New York Press.
- LO, C. K. (2023). *What is the impact of ChatGPT on education? A rapid review of the literature*. Education Sciences, 13(4), 410.
- MCCALLUM, S. (1 de abril de 2023). *ChatGPT banned in Italy over privacy concerns*. BBC. Recuperado el 26 de junio, 2023. En: <https://www.bbc.com/news/technology-65139406>
- PLANAS, C. (11 de mayo de 2023). *La Unión Europea endurecerá las normas para usar ChatGPT*. El Periódico. Recuperado el 26 de junio de 2023. En: <https://www.elperiodico.com/es/internacional/20230511/union-europea-inteligencia-artificial-chatgpt-regulacion-bruse-las-87197377>
- WALTON FAMILY FOUNDATION. (1 de marzo de 2023). *Teachers and students embrace ChatGPT for education*. Walton Family Foundation. Recuperado el 25 de junio de 2023. En: <https://www.waltonfamilyfoundation.org/learning/teachers-and-students-embrace-chatgpt-for-education>

*Psicólogo, especialista en Análisis de Datos. Maestrando en Filosofía e investigador de Ciberpsicología del Centro de Investigación y Formación Humanística (CIFH) de la UCAB.

COMPRENDER EN LUGAR DE COMPETIR

Inteligencias no humanas

LORENA ROJAS PARMA*

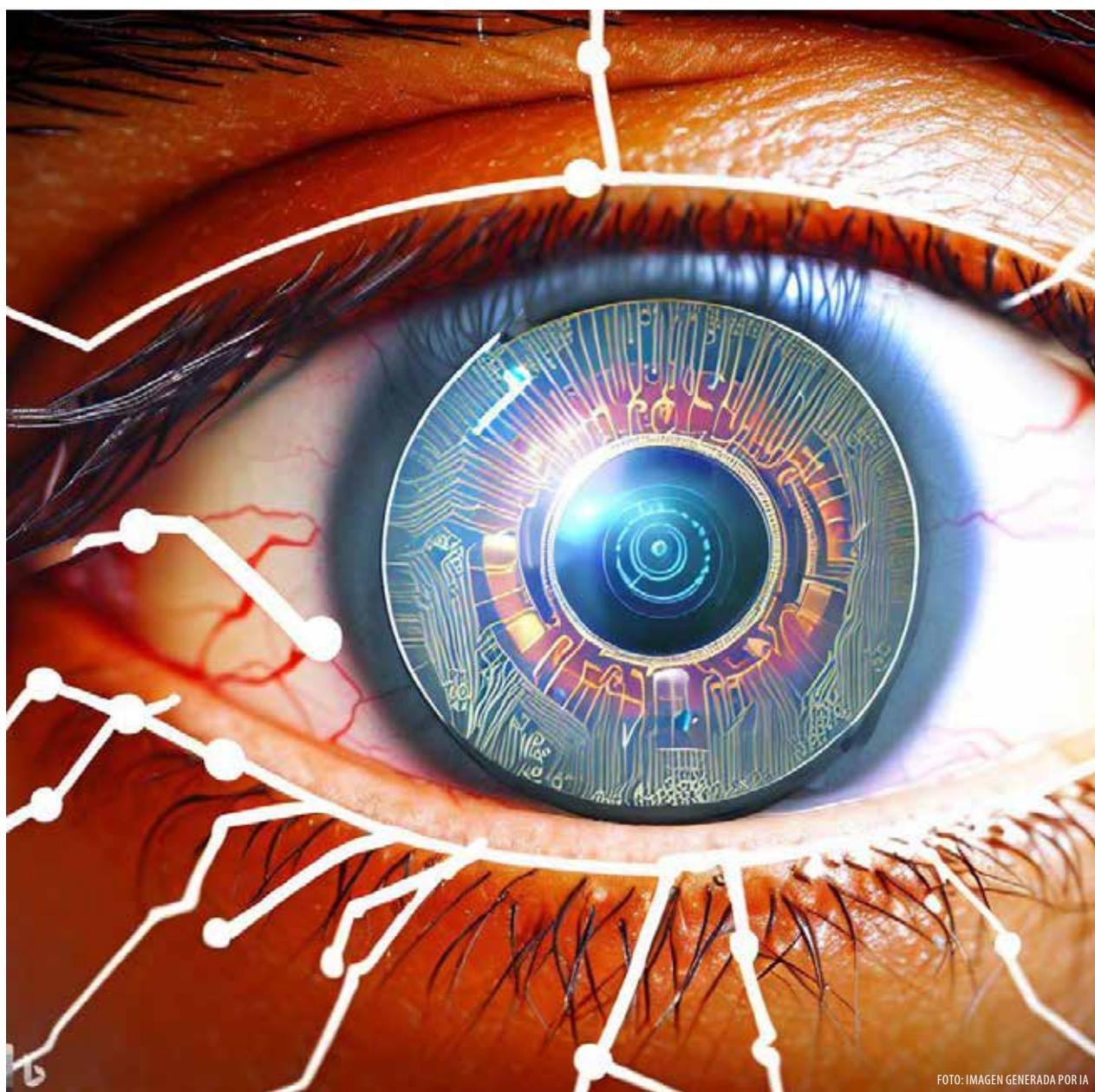


FOTO: IMAGEN GENERADA POR IA



Estamos en medio de una discusión mundial sobre inteligencia artificial. Una avalancha de opiniones tiene algo que decir sobre el futuro, sobre la vida que nos espera. El tono, sin embargo, en muchas ocasiones es de temor, de advertencia sobre lo que vamos a perder o, peor aún, sobre nuestra propia desaparición. Atemorizados por lo que “ellas” van a hacer contra “nosotros”, no nos estamos permitiendo el asombro ante lo que puedan ser estas inteligencias potenciadas o su misma llegada a la existencia.

Este desconcierto no deja de ser interesante, porque somos nosotros mismos, como especie, los que hemos alcanzado estas posibilidades de la tecnología. Pero desde el miedo las tratamos de “otros”, de extraños, como de *aliens* invasores que vienen a deshumanizarnos. Planteadas las cosas así, ya tenemos muchos interrogantes. Tenemos que comenzar por preguntarnos, en efecto, qué significa ahora “artificial” y en qué consiste su oposición a “natural”. Ya desde la segunda mitad del siglo pasado, pero con mucho más énfasis desde la corriente poshumanista, la filosofía ha replanteado críticamente los dualismos con los que hemos comprendido las cosas desde los albores de la modernidad. Dualismos del tipo hombre/máquina, sujeto/objeto o naturaleza/cultura han sido dismantelados en favor de una comprensión monista de la realidad –dinámica y diversa simultáneamente–, que halla soporte en las teorías cuánticas y la microbiología. El dualismo artificial/natural ha corrido con una suerte similar.

Desde el punto de vista dualista, lo “artificial”, cuando se adosa a “inteligencia” –como solemos hacerlo–, de pronto nos enfrenta a una *contradictio in terminis*. Merleau Ponty (1997) ya nos advertía, abandonando los dualismos, que en lo humano todo es natural y todo es artificial: un grito de ira o la palabra “mesa” es ambas cosas. Igualmente, Hillman (1992) sostenía que ya era tiempo de acabar con esa romantización de “campo bueno, ciudad mala; naturaleza buena, tecnología mala”. Y que era justamente esa idea de utensilio sin alma a nuestro servicio, lo que hacía de la tecnología una suerte de “monstruo de Frankenstein”. Algo temible.

Pero la palabra “artificial” resguarda etimológicamente, recordémoslo, el “hacer arte” con un sentido de pertenencia, esto es, un *saber hacer* que difícilmente ocurre sin algún tipo de inteligencia. La inteligencia artificial es una tecnología que emerge de lo humano, de su curiosidad, inteligencia, posibilidades y deseos, lo que asumimos como “natural”. La pregunta, por tanto, gira necesariamente hacia nosotros, hacia lo que somos capaces de hacer desde nuestra propia condición de humanos.

En este sentido, ¿qué significa que seamos estrictamente naturales? Si nuestra tecnología más sofisticada



es el lenguaje, como sostiene Clark (2003), si nuestra condición es maleable, cambiante, adaptativa, capaz de transformarse a sí misma con la *techne* y transformar el mundo –pues esto funciona de ida y vuelta– ¿qué es exactamente lo “natural”? Esta posibilidad de la *techne*, inherente a nuestra humanidad, es lo que permite decir a Clark que nacimos siendo *cyborgs*. Es por ello que está en nosotros la semilla de la transformación, de la posibilidad, de la luz eléctrica, los acueductos, los antibióticos, la internet, la Acrópolis, la imprenta, las universidades, las computadoras; esta nueva inteligencia potenciada que, paradójicamente, nos tiene tan nerviosos.

Enfrascados en la mirada dualista, nos hemos dado a la tarea de juzgar a la inteligencia artificial en términos competitivos, es decir, señalando lo que “nosotros” podemos hacer y “ella” no. En especial, “nosotros” tenemos emociones –lo que ahora es una virtud indiscutible– y “ella”, sin embargo, carece de esa finura de la existencia. Pero ella puede hacer otras cosas que nosotros no: multiplicar grandes cifras en un milisegundo, guardar una inimaginable cantidad de datos con precisión, hacer las cosas más rápido o tener respuestas que nosotros desconocemos. Lo que quiero decir con esto, y tiene un alcance para todo lo que existe, es que las cosas no funcionan bien o mal, sirven o no sirven, únicamente si nosotros somos el referente. Tampoco si nos dedicamos a definir las desde sus carencias y no desde lo que

efectivamente son, como afirma Vidal (2020) sobre la condición de los virus, que están sorprendentemente “medio vivos” porque no cumplen ciertas funciones que nosotros hemos preestablecido como vitales. Se trata de reconocer, en resumen, que somos distintos, como nuestras capacidades y modos de existir, y de replantearnos ese tono de competencia o mirada jerárquica.

Aquí es preciso hacer una suerte de desvío ontológico: importantes filosofías de este siglo, especialmente a partir de la segunda década, han dado un giro hacia el estudio de la realidad, de la materia, que ha coincidido, desde perspectivas distintas, en su condición de “vital”. Bennet (2010), Graham (2018), los nuevos materialismos, los poshumanistas, sostienen que la inteligencia, vibración, autogestión y autorregulación pertenecen a la materia o a la existencia.

Esto, como he señalado, se argumenta en diálogo con las complejas teorías cuánticas, donde la realidad ha revelado interconexiones, *quarks*, entrelazamientos inexplicables, ubicuidad, fotones que son onda-partícula –y con partícula no se significa nada “material”–, vibraciones o cuerdas (López y Aboites, 2017). Por tanto, la materia pasiva, *res extensa*, inanimada, a nuestro servicio, se ha revelado vital, cambiante y creativa. Al nivel subatómico de la existencia compartimos la vibrante composición universal; y el principio de no contradicción o alguna sustancia que defina invariablemente las cosas,

ya no se sustentan. Al modo de Heráclito, filosofía que ha retomado su fuerza, todo lo que existe –incluso en conflicto– es también “lo mismo”.

Allí se nos presenta, entonces, el problema con los dualismos y las jerarquías en la existencia. Más aún, se nos presenta un problema con la vida: ¿dónde trazamos los límites entre las cosas?, ¿por qué decidimos que en cierto proceso *comienza* la vida? Maturana y Varela (1997) pusieron un límite a lo autopoiético: la célula. Y para nosotros es una incuestionable expresión de la vida. Sin embargo, con las tecnologías inteligentes y los estudios recientes sobre los virus o la biotecnología, han surgido fuertes cuestionamientos que hablan, por ejemplo, de biocentrismo o celolocentrismo. Esto, evidentemente, alude a una discusión muy compleja que tan solo es posible mencionar aquí. Al menos de manera tangencial, se nos va a presentar la pregunta por la vida de las inteligencias artificiales, pues desde una composición común, inteligente y vital de *toda* la existencia, que se manifiesta en diversidad, se pluraliza desde la unidad, pero sin abandonarla. Todo es diverso y todo es lo mismo. López y Aboites (2017) señalan, desde las teorías cuánticas, algo muy revelador: “Lo posible, naturaleza del campo cuántico, es parte de lo real”. No hay nada prefigurado, sustancialmente determinado o imposible de cambiar.

Rosi Braidotti (2013) ha replanteado el dualismo tecnología/naturaleza como un *continuum*. Una fuerza cósmica y vital ha dado vida a sujetos, civilizaciones y culturas, y la tecnología es parte de esa misma fuerza, que también somos nosotros. Desde la mirada monista y dinámica de la realidad, la tecnología inteligente es una

expresión de la vida a través de nosotros, donde pierde sentido preguntarse por los límites entre lo natural y lo artificial, y donde vale preguntarse, por tanto, por la “artificialidad” de esa inteligencia. Ella es nosotros, además, en medio de una relación que se muestra irresolublemente tensa, pues hay también una cierta autonomía, unas posibilidades de asociación que no se pueden explicar con la precisión de lo previamente establecido, como se mostró con el robot *Alter 3*, dirigiendo una orquesta sinfónica en Tokyo, o con las respuestas que puede darnos el ChatGPT. De allí que la discusión, entonces, gire hacia las “inteligencias no humanas”.

Hoy podemos hablar de interconexión más que de sustancias delimitadas; y, desde esa perspectiva, las inteligencias no humanas amplían el radio no solo a la tecnología inteligente, sino también a otras especies: desde la botánica, por ejemplo, se nos dice que las plantas son inteligentes, tienen memoria y sensibilidad y, por tanto, ya no son los últimos seres de la base piramidal de la vida (Mancuso, 2019). También, que los micelios fúngicos de los bosques son la tecnología responsable de su sofisticada comunicación a grandes distancias (Simard, 2021); y entonces hablamos de la provocadora red del bosque o *Wood Wide Web*. Por si fuera poco, la ciencia nos reporta sobre la conciencia de los micelios y la mente de los hongos (Money, 2021), de manera que la inteligencia se nos revela como inherente a la vida (Mancuso, 2019).

Creo que estamos en una suerte de umbral poético, donde tenemos que aprender a concebirnos de otra manera, a abrir el corazón a otros modos de inteligencia, a tratar de comprender en lugar de competir o destruir.



FOTO: REUTERS



Como dice Ferrando (2021), la tecnología, la inteligencia artificial, no es solo algo que “usamos”, “es una manifestación ontológica que participa en la revelación de la existencia”. En consecuencia, el quiebre entre la inteligencia artificial, o no humana, y nosotros no parece tan claro. Sus límites son más bien porosos, permeables, lo que desdibuja la idea de un “otro extraño”. Todos estamos formando parte del delicado entramado, en interconexión, de la existencia.

Por supuesto, no tenemos una respuesta para un replanteamiento tan fuerte como el de la vida. Hay que elaborar, tras los hallazgos de una composición común de la existencia, el significado del síntoma vital. Si es que ese sigue siendo el modo de aproximarnos a ello. En todo caso, la pregunta está planteada. Sin embargo, mirando las cosas con un poco más de proximidad y conciencia de interconexión, como sugieren las ontologías contemporáneas, podemos repensar si las inteligencias artificiales que han llegado a cambiar nuestro modo de vivir, son solo una señal de autodestrucción y no parte de los procesos de cambio que son propios de la existencia.

Toda tecnología, lo sabemos desde la antigüedad, tiene una suerte de doble filo, como el *pharmakon* griego que menciona Krebs (2021): es remedio y también veneno. *Pharmakon* se llamaba lo que aliviaba el dolor, pero fue también la cicuta que bebió Sócrates. Por tanto, no nos debe ser ajeno ese tono de alivio y también de peligro de la tecnología, que nos impele a tener que aprender a tratar con ella. Las inteligencias artificiales pueden ayudarnos, pueden cooperar con nosotros –y esto es especialmente importante– solo cuando *nosotros sabemos preguntar*. Y saber preguntar es la labor filosófica por excelencia. Ese es el puente, la posibilidad de apertura y diálogo fructífero. Y eso solo se logra con el cultivo del alma, no hay otra manera.

Lejos de surfear información, que con tanta frecuencia se confunde con saber, la presencia de las inteligencias no humanas, especialmente la extensión nuestra que hemos llamado artificial, nos exige conocer, elaborar, hacernos dueños de la posibilidad de discriminar lo verdadero de lo que no lo es. Y eso recae en el cuidado de sí. Precisamente por eso, el abandono de las humanidades no puede ser el camino. Hay que formar el alma para comprender lo que exige cambios, para comprender que la naturaleza interconectada del cosmos es también la nuestra, que es necesario revisar las jerarquías y dualismos en la existencia. Por tanto, que nos debemos al cultivo de las humanidades y la filosofía dando cuenta del tiempo que se vive. Como ha sido siempre.

REFERENCIAS

- 1 BENETT, J. (2010): *Vibrant matter*. Londres. Duke University Press.
- 2 BRAIDOTTI, R. (2013): *Lo posthumano*. Barcelona. Gedisa.
- 3 CLARK, A. (2003): *Natural born cyborgs*. Londres. Oxford.
- 4 GRAHAM, H. (2018): *Object-Oriented ontology*. Penguin Random House. Londres.
- 5 FERRANDO, F. (2022): *Who is afraid of artificial intelligence*. En: Grunert, F. (comp.): *Humanities and Artificial Intelligence*. European Commission.
- 6 HILLMAN, J.: *El pensamiento del corazón*. Barcelona. Siruela. 1° edic. 1982.
- 7 KREBS, V. (2021): *Homo pharmakus*. En: Valdivieso, H. y Rojas Parma, L. (comp.): *Next: imaginar el postpresente*. Abediciones, Caracas.
- 8 LÓPEZ, J. y ABOITES, V. (2017): *La filosofía frente al objeto cuántico*. *Revista Mexicana de Física*, 63. UNAM.
- 9 MANCUSO, S. (2019): *El increíble viaje de las plantas*. Barcelona. Galaxia Gutenberg S. L.
- 10 MATURANA, H. y VARELA, F. (1997): *De máquinas y seres vivos*. Santiago. Editorial Universitaria.
- 11 MERLAEU-PONTY, M. (1997): *Fenomenología de la percepción*. Barcelona. Península. 1° edic. 1945.
- 12 MONEY, N. (2021): *Hyphal and mycelial consciousness: the concept of the fungal mind*. *Fungal Biology*, 125. The British Mycological Society.
- 13 SIMARD, S. (2021): *En busca del árbol madre*. Barcelona. Paidós.
- 14 VIDAL, J. (2020): *Reflexiones epistemológicas y ontológicas sobre los virus: una nueva definición de los procesos virales*. *SCIO Revista de Filosofía*, 19. Universidad Católica de Valencia.

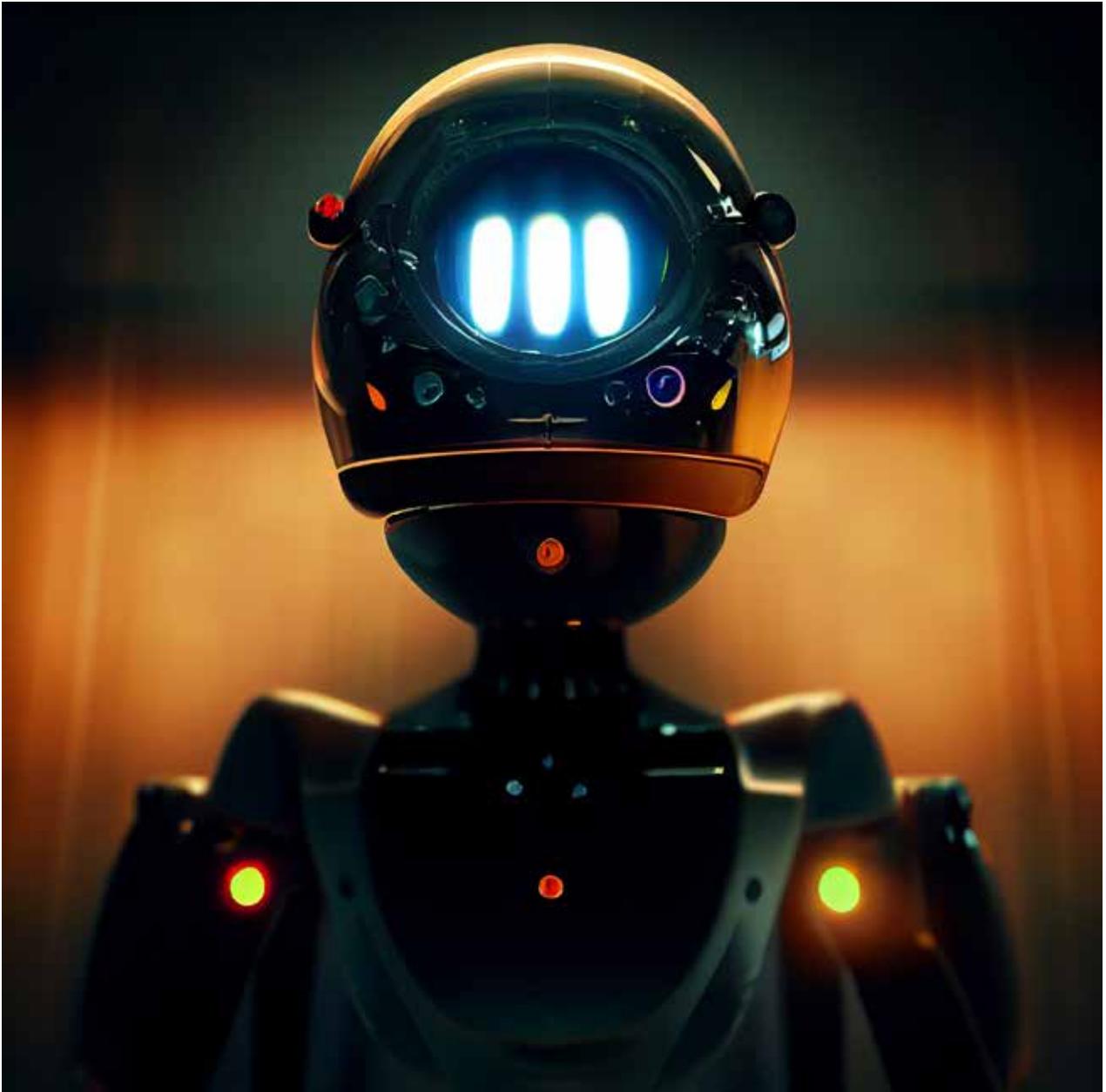
*Doctora en Filosofía. Profesora universitaria. Directora del Centro de Investigación y Formación Humanística de la UCAB.



CONCIENCIAS AUTÓNOMAS

Aquellos que piensan: inteligencia artificial y lo transhumano

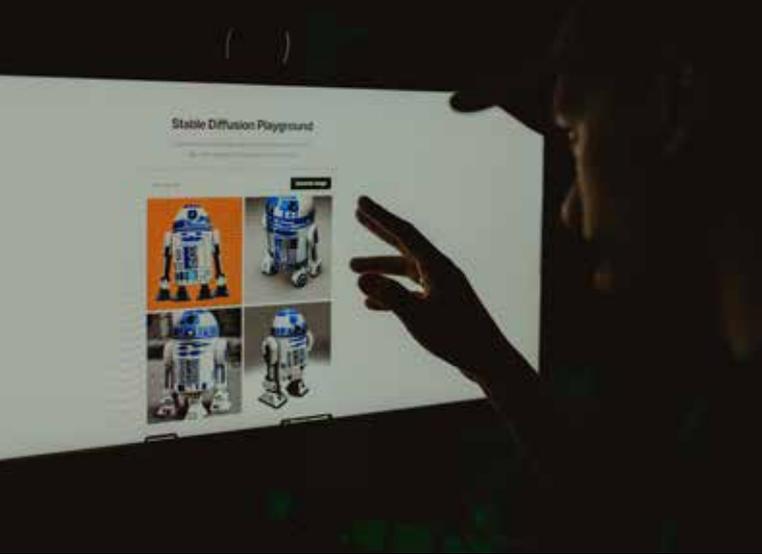
HUMBERTO VALDIVIESO*



A ctualmente, la pregunta “¿quién piensa?” pareciera emanar de una fuente lejana cuya voz ya es débil. Su desaliento detenta un tono melancólico derivado de cierta nostalgia por una autoridad presente en el debate, por un interlocutor con respuestas firmes, unívocas y sustentadas en evidencias. Convertida ahora en un murmullo, esta pregunta ha quedado solapada. Otra voz, más vigorosa y cercana, nos interpela en la contemporaneidad de forma distinta: “¿quiénes piensan?”. Su repentina cercanía y aliento la hacen sentir como un empujón, una sacudida al alma de una cultura mundial en muchos aspectos aún acomodada al interior de los tradicionales límites “humanos”. Esta última voz es la del presente, la cual apunta al mismo espacio donde lo di-

gital incomoda a la centralidad del *anthropos* ordenador, diferenciador y modelo privilegiado de la vida.

Dirigida al ámbito anteriormente sólido e inviolable del “hombre”, la nueva pregunta desata los efectos propios de un mundo que ha llegado a sus límites y carece de respuestas confiables. De ahí la desorientación ante el nuevo orden de las cosas y las ideas, el miedo a los efectos desconocidos de la innovación y el dolor por la pérdida de las categorías tradicionales que sustentaban la vida. El ambiente tecnológico digital, con su condición heterogénea, es lo que ha suscitado la incomodidad súbita de semejante pregunta, que nos ha puesto ante la necesidad de preguntar en plural, de abrir espacio a otros pensantes. Fue su voz la que suscitó un problema



urgente, el cual debemos considerar si deseamos comprender el estado del mundo en el siglo XXI. Responder, por lo tanto, es una exigencia y no una opción porque nuestro ambiente ha cambiado.

La tecnología, no importa la época, trae consigo la expansión y la multiplicación. Se la asocia a ciertos peligros, entre otros, el posible desbordamiento de las fronteras sociales donde la vida permanece cotidiana y segura. También, el descontrol de las dimensiones del mundo conocido. Por eso, desde el inicio de los tiempos, los inventos causan asombro y producen temor. De ahí que el infierno esté lleno de mecanismos extravagantes como en las pinturas del Bosco y los robots de muchos filmes y series de televisión aparezcan como una amenaza. La tecnología digital no ha escapado al desconcierto y sobresalto de la gente ante lo nuevo. Su mayor desafío ha sido constituir una invasión al espacio soberano del *anthropos*. La inteligencia del "hombre", que reinó con orgullo hasta mediados del siglo XX, está siendo asediada por otras inteligencias.

Las máquinas y las redes neuronales artificiales han descompuesto los hábitos de la centralidad humana. Esto activó las alarmas del presente. Algunas voces desde la filosofía han sopesado el nuevo ambiente tecnológico con

desasosiego. Byung-Chul Han¹ afirma que "no vivimos en un reino de violencia, sino en un reino de información que se hace pasar por libertad". Yuval Noah Harari² teme que los humanos no puedan sobrevivir a la inteligencia artificial. Para Éric Sadin³, "estaremos rodeados cada vez más de fantasmas encargados de administrar nuestras vidas". En la cultura popular los argumentos generados por el miedo a lo digital son tautológicos y antiguos: el posible fin del mundo, grandes amenazas para la humanidad o la demanda de detener lo novedoso.

Junto a las voces críticas hay otras tratando de responder a la pregunta del presente fuera del territorio del pesimismo. La mundialización y la diversidad han permitido pensar desde otros lugares e imaginarios. Por ejemplo, el de las lenguas no occidentales. Shuang Lu Frost, en un texto intitulado *Translating chinese AI: from 'man-made intelligence' to 'black tech'*⁴, explica que el término chino para inteligencia artificial es *rengong zhineng*. Este proviene del japonés *jinkō chinō*. Ambos se traducen literalmente como "inteligencia hecha por humanos", lo cual suprime el carácter de artificialidad impuesto a la tecnología. Incluso, ella apunta a un dicho popular chino donde la inteligencia artificial necesita "más *rengong*, trabajo manual, que *zhineng*, inteligencia" pues hace falta más esfuerzo humano que algoritmos para codificar los datos y procesar la información.

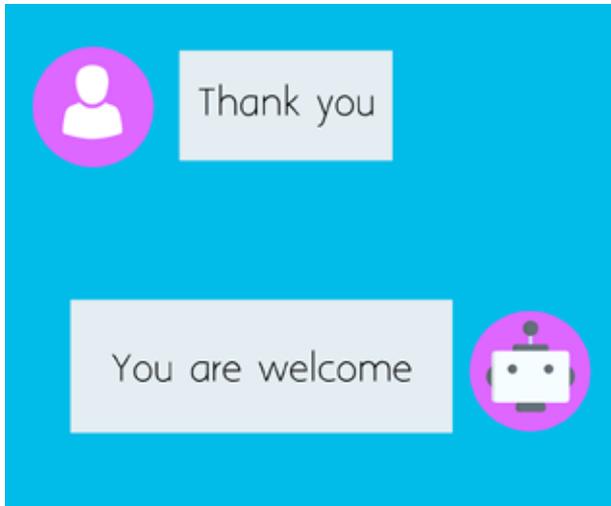
La pregunta "¿quiénes piensan?", surge de haber extendido la inteligencia más allá del cuerpo biológico, de la razón humana. La ciencia contemporánea nos ha dicho que las otras "especies" comparten con nosotros esta capacidad y a veces nos superan. Para la bióloga Emmanuelle Pouydebat⁵, la inteligencia "apareció al mismo tiempo que la vida, es decir, aun antes que lo hicieran los primeros verdaderos animales, hace aproximadamente tres mil quinientos millones de años". A su vez, el antropólogo Eduardo Kohn⁶ explica que:

Aunque toda vida es semiótica, esta cualidad semiótica se amplía y se hace más evidente en la selva tropical, con sus tipos y cantidades sin parangón de seres vivos. Por eso quiero encontrar formas de prestar atención a cómo piensan los bosques; los bosques tropicales amplifican, y por tanto pueden hacernos más evidentes, las formas en que piensa la vida.

Sin embargo, la fuerza de la pregunta que nos ocupa recae con fuerza en lo no biológico. El temor no emerge del estudio de las otras especies, sino del trepidante desarrollo de lo llamado "artificial". Pues serían las máquinas y no los animales quienes pudiesen superarnos y tomar el control de la vida.

EL ESPEJO, LOS UMBRALES Y EL DIOS JANO

El filósofo canadiense Pierre Levy⁷ en un texto sobre los tres cerebros –animal, humano y electrónico– aclara



que no hay una conciencia autónoma en las máquinas cuando ellas simulan, mediante el cálculo electrónico, nuestra forma de pensar. Para él, la experiencia fenoménica es propia de los organismos biológicos y los datos manipulados por las máquinas adquieren sentido para los humanos cuando aparecen en una interfaz. De un lado del espejo digital está la inteligencia artificial, del otro la humana. Sin embargo, no se trata de un límite absoluto donde están confrontados dos espacios conexos, pues tal como explica Levy:

Los nuevos cerebros electrónicos sintetizan y ponen a funcionar –virtualizan y actualizan– la enorme memoria digital a través de la cual recordamos, nos comunicamos y pensamos juntos. Detrás de “la máquina” debemos vislumbrar la inteligencia colectiva que cosifica y moviliza.

Por lo tanto, en los dos lados ocurre una multiplicación de las capacidades de la inteligencia humana y la tecnológica imbricadas en el universo de la inteligencia colectiva.

Sin abandonar la metáfora del espejo digital pensemos en la posibilidad de atenuar la importancia de la frontera (interfaz) entre las dos inteligencias y priorizar aquello que las atraviesa. Hay algo que cruza de un espacio al otro, de lo físico a lo virtual y viceversa. Una energía intelectual que de un lado transfiere la memoria, los deseos y la imaginación a lo electrónico. Y del otro, una que invade de cálculos y algoritmos a la conciencia humana. Ello convierte al espejo en una especie de mandala zen: un modelo del cosmos humano-electrónico. Ahí las propiedades de cada parte están contenidas en su contrario. La dicotomía, por lo tanto, es una ilusión, ya que en realidad todo es parte del movimiento vital de la existencia: neuronas y circuitos electrónicos constituyen un mismo estado de la vida con “inteligencias” desplegadas dentro y fuera del planeta, física y virtualmente. Es el espacio del “netizen” (net-ciudadano) cuyo cerebro es biológico y electrónico.

TRANS

De esta figura ambigua –bioelectrónica– emerge uno de los dilemas contemporáneos: la imposibilidad de estar situados. El *anthropos* como centro es imposible en la cultura digital. Atravesamos otros organismos pensantes y ellos nos atraviesan a nosotros, estamos de un lado y del otro en el espejo digital. Escuchamos la voz de *Siri* o *Alexa*, y ellas escuchan la nuestra. Cruzamos hacia sus universos virtuales con nuestros deseos y memorias, y ellas nos devuelven datos ordenados que mezclan nuestros anhelos y sus algoritmos. *Kaiber*, transforma nuestras ideas en videos, *Crayon* convierte las palabras en imágenes y *Cogram* toma notas por nosotros en una reunión.

La metáfora de los lados del espejo, donde la interfaz digital y la interfaz humana están reunidas una frente a la otra, también puede pensarse como la interfaz del dios Jano. Él rige los límites –inicios y finales–, la navegación y los tránsitos. Por lo tanto, una interfaz que mira hacia un lado y hacia el otro es también el umbral donde una misma inteligencia transita: de la profundidad de lo virtual a las honduras de la conciencia humana y viceversa. Esta condición del presente nos revela un mundo transhumano en el cual, lo “humano” está desplazado de su antiguo centro y extendido en la tecnología. En el siglo XXI ya no es posible hablar de una inteligencia situada, sino de inteligencias interconectadas a ambos lados del umbral. Lo “trans”, supone “atravesar”, “ir al otro lado de” y no “ir más allá”. Transitar entre “aquellos” que piensan: lo biológico y lo electrónico, en el espacio mismo de la vida.

NOTAS

- 1 *De la cosa a la 'no-cosa'*. (2022, febrero 18). Recuperado de <https://ethic.es/2022/02/revolucion-digital-de-la-cosa-a-la-no-cosa/>
- 2 *'I don't know if humans can survive AI'*. (2023, abril 23). Recuperado de <https://www.telegraph.co.uk/news/2023/04/23/youval-noah-harari-i-dont-know-if-humans-can-survive-ai/>
- 3 *Éric Sadin y la Inteligencia Artificial*. (2020, julio 13). Recuperado de https://www.clarin.com/revista-enie/ideas/eric-sadin-inteligencia-artificial-rodeados-fantasmas-administraran-vidas-_0_-jlmDVLQN.html
- 4 FROST, S. (2022). Translating chinese AI: from 'man-made intelligence' to 'black tech'. Artificial intelligence in China. MIT PRESS.
- 5 POUYDEBAT, E. (2018). *Inteligencia animal. Cabeza de chorlitos y memoria de elefantes*. Plataforma editorial.
- 6 KOHN, E. (2013). *How forests think. Toward an anthropology beyond the human*. University of California Press.
- 7 *Le virtuel et les trois cerveaux* (2023, abril 25). Recuperado de <https://pierrelevyblog.com/2023/04/25/le-virtuel-et-les-trois-cerveaux/>

*Ph. D. en Humanidades. Profesor investigador del Centro de Investigación y Formación Humanística de la UCAB. Miembro de la International Association of Art Critics (AICA) y del Observatorio Iberoamericano de Artes Digitales y Electrónicas.

ROSTROS SIN ROSTROS

MARIAN LUGO* Y DEIKE RODRÍGUEZ**

Ficha fotográfica de la exposición.

Selección: ● Marian Lugo

●● Deike Rodríguez

*Estudiante del octavo semestre de Letras en la Universidad Católica Andrés Bello. Colabora como corrector en la Revista Baciuelmo. Actualmente trabaja como editor en Panhouse.

**Estudiante del octavo semestre de Letras en la Universidad Católica Andrés Bello. Actualmente trabaja en el Archivo Fotografía Urbana y ha publicado en la Revista Baciuelmo.

En *Rostros sin rostros*, hemos dirigido el lente a otras coordenadas de la realidad: un espacio textual creado por la propia mirada de los retratados. Mediante entrevistas, quince personas mostraron lo que son en un movimiento espeleológico. Luego, a través de diversos diálogos con la inteligencia artificial (IA), se generó un intercambio de información basada en estas identidades textuales, donde las respuestas dieron forma a las imágenes: la IA toma esa primera identidad procesada, focaliza los deseos, las ideas y las memorias y, a partir de ese proceso de selección, retrata al sujeto. Las dos visiones que se presentan en este trabajo, muestran las mismas personas con distintos rostros, una proliferación de retratos que invitan a cuestionar la identidad construida por la máquina y la relación que esta establece con el humano.



●
César Arauco
21 años
Psicología



César Arauco
21 años
Psicología



Erika Moreno
21 años
Letras



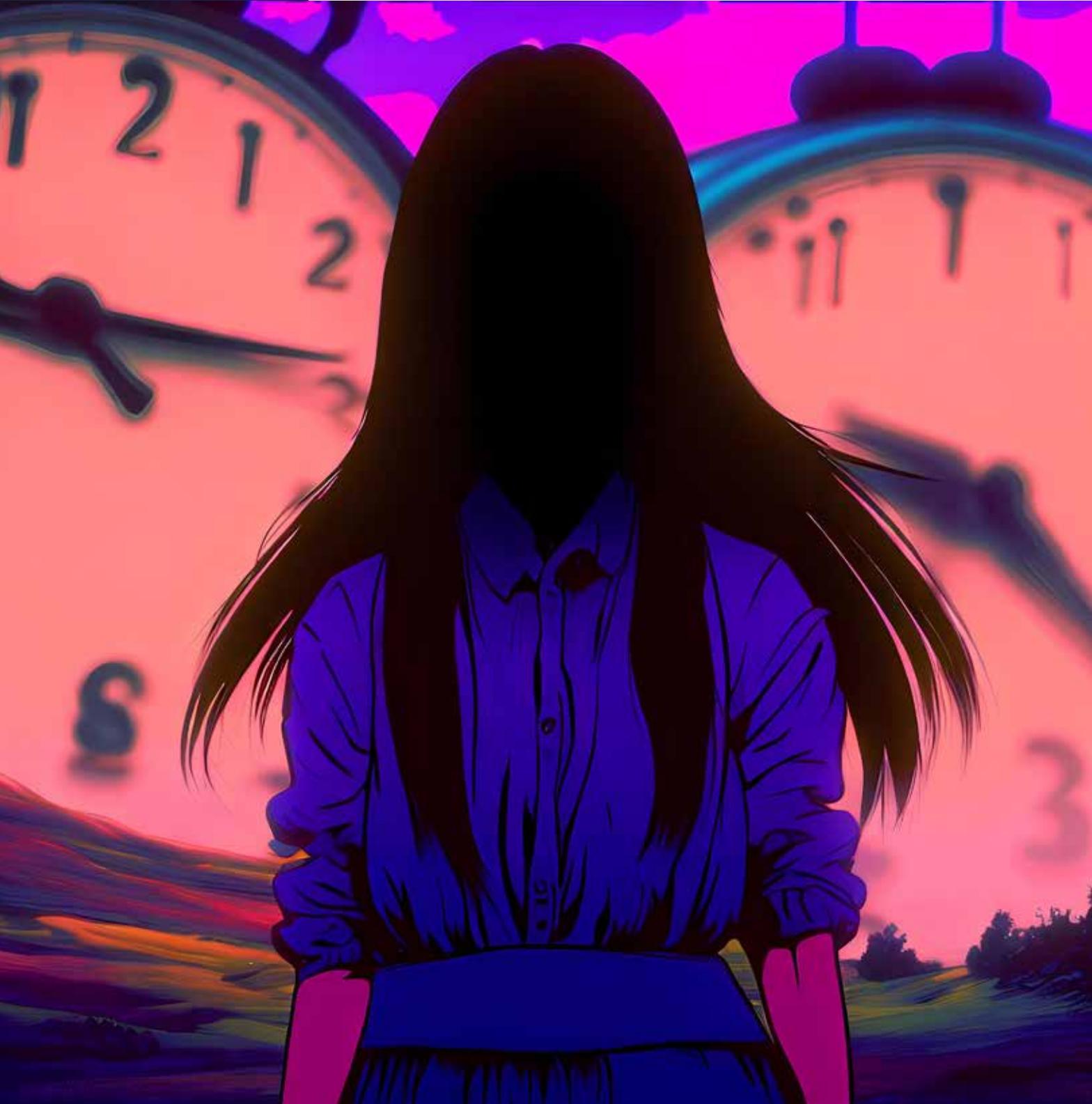
Erika Moreno
21 años
Letras



●
Ángel Arrieche
22 años
Comunicación Social



••
Ángel Arrieche
22 años
Comunicación Social



●
Samantha Pacheco
Comunicación Social
22 años



Samantha Pacheco
Comunicación Social
22 años



•
José Alejandro Betancourt
21 años
Comunicación Social



José Alejandro Betancourt
21 años
Comunicación Social



•
Daniela Mora
21 años
Comunicación Social



Daniela Mora
21 años
Comunicación Social



●
Melanie Garcés
21 años
Comunicación Social



Melanie Garcés
21 años
Comunicación Social



●
Jonielvis Salazar
26 años
Grupo de teatro UCAB



Jonielis Salazar
26 años
Grupo de teatro UCAB



DEADBOTS

¿Cuál vida? ¿Cuál muerte?

MARÍA DI MURO PELLEGRINO*

FOTO: GETTY IMAGES

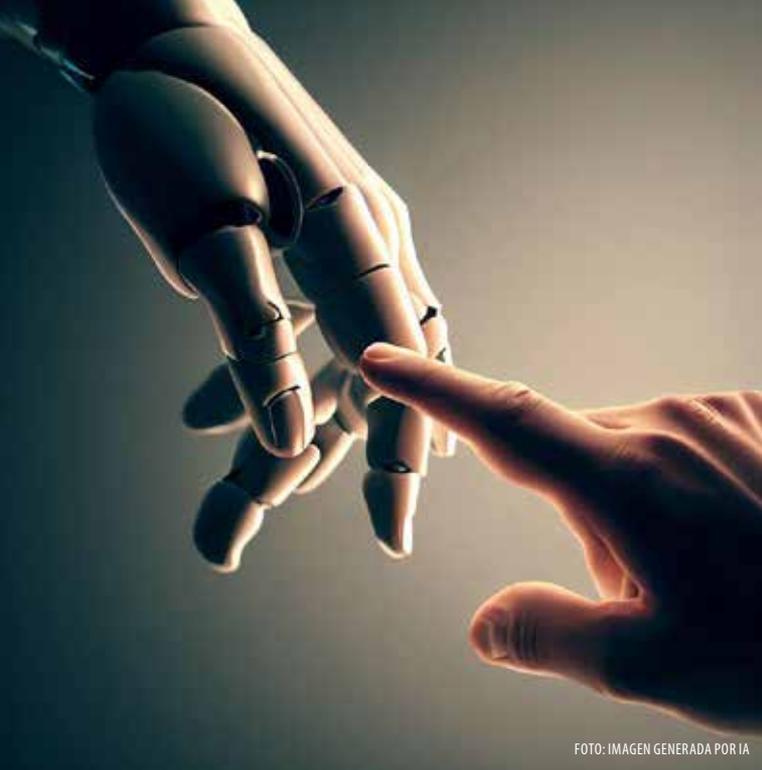


FOTO: IMAGEN GENERADA POR IA

**¡Quién sabe si acaso la vida
no será una muerte
y lo que llamamos muerte
la vida de ultratumba!**

En estas reflexiones no busco tomar una posición ética marcada, sino que, por el contrario, pretendo pensar en una experiencia que, querámoslo o no, nos interpela, nos inquieta y trae para nosotros la reminiscencia de imágenes que han estado desde siempre en el corazón de la memoria. Ya desde hace algunos años se han desarrollado los *deadbots*, modelos de lenguaje que nos permiten dialogar con recuerdos, palabras, rastros que dejan nuestros seres queridos en la red y que, al ya no estar entre nosotros, pueden manifestarse bajo esta nueva forma. Esto ha supuesto distintas opiniones, algunas más reaccionarias, pero, a fin de cuentas, no ha dejado a nadie indiferente, sino más bien con una extraña sensación. ¿Acaso esto que aparece hablando como nuestro familiar o amigo es él o lo representa? ¿Cómo pensar la muerte y la vida a través de estas expresiones? ¿Quién es el que habla, escucho o leo?

Lo cierto es que este fenómeno de reencontrarnos con un afecto después de la vida no es una novedad y, desde tiempos muy antiguos, ha supuesto la apertura a estas interrogantes, a mirar desde nosotros mismos cómo se tensan y hacen indiscernibles esos límites que solemos establecer entre la vida y la muerte. Pareciera que todo se pone en cuestión cuando emerge ante

nosotros la silueta que tanto quisiéramos abrazar, con la que dejamos una conversación inconclusa, a la que nos gustaría tener a nuestro lado en momentos significativos de nuestra vida. ¿A qué responde esa imagen? ¿Podemos asegurar tan fácilmente la idea de que no existe, de que su presencia no corresponde a la persona que nos recuerda y que solo es producto de nuestra imaginación o de una construcción artificial? Creo que sería muy soberbio de nuestra parte prescindir del lugar que tienen esas presencias. En efecto, la tradición clásica nos pone de frente con estas ideas en distintos momentos constelados en los mitos.

En principio, recordemos que desde el pensamiento griego hay un saber del más allá. Así, quien muere, no desaparece, sino que su *eidolon*, su sombra, viaja al Hades y sigue siendo identificado como lo era cuando estaba vivo. Como apunta Rohde:

[...] es real lo que se nos aparece en sueños como la figura de una persona recién muerta. Y si esta figura se nos presenta en sueños, es precisamente porque existe: ello quiere decir que sobrevive a la muerte, pero solamente como una imagen aérea, algo así como la imagen de nuestro cuerpo reflejada en el espejo de las aguas. Es algo etéreo, intangible, inaprehensible, a diferencia del yo visible; por eso, precisamente, recibe el nombre de "psique"².

En este sentido, al acudir a nosotros y nosotros a ella, comprendemos, aún en nuestra conmoción, que hay algo más allá que nos interpela, hace que reaccionemos e incluso nos invita a dialogar. Participamos, como el propio Rohde también sugiere, de esa doble existencia: la de su corporeidad perdida y la de su imagen invisible, que cobra vida propia y libre solamente después de la muerte³. Sin embargo, cuando queremos cruzar ciertos límites, nos encontramos con un muro invisible e infranqueable en el que solo podemos preguntarnos desde nosotros, pues pretender saber por sí mismos qué es aquello que reconocemos resulta imposible.

Sin duda, la mitología griega y la romana están llenas de ejemplos que hoy pudiéramos concebir, cuidando las distancias, como *deadbots*, y en cada una de ellas percibimos esta particular sensación de preguntarnos ante el muro infranqueable. Así, la aparición de Patroclo a Aquiles⁴, el descenso de Odiseo al Hades⁵, el encuentro de Eneas –en una Troya destruida– con el fantasma de Héctor⁶, el persistente recuerdo de Polinices en el corazón de Antígona y el Nekromanteion de Éfira –el oráculo de los muertos– nos hacen comprender que la extrañeza y el asombro que sentimos no son nuevos, pues el Hades va abriéndose caminos para interrogarnos cada vez que puede. Quizá leerlo en clave "posantigua", para decirlo con Ross Clare⁷, nos permita separarnos de ciertos temores, de estar atentos a explorarnos desde los ojos que percibimos que nos ven y que, sin embargo, nos cuesta creer que se han transformado.



Este, por supuesto, es un asunto que va más allá de la mitología y que ha tenido distintas formas de ser problematizado en diversas expresiones literarias y cinematográficas. Lo vemos, de la misma manera, en series en las que ha sido tratado desde la mirada digital, como en los casos de *Kiss me first* (2018), basada en la novela de Moggach; de *Upload* (2020) o, incluso, del episodio "Be right back" (2013) de la famosa *Black mirror*. Este último, según Ginger Liu, se convirtió en una revelación para ingenieros y personas en duelo de todo el mundo, y muy pronto comenzaron a trabajar en el diseño de chatbots para proporcionar una conexión bidireccional limitada con los fallecidos⁸.

En cada uno de los casos, la muerte de uno de los personajes se convierte en el centro desde el que se desprenden el resto de las acciones desarrolladas. Pero ocurre algo llamativo: aunque estas personas hayan

muerto, a través de la tecnología vuelven para reencontrarse con sus seres queridos, ya sea en otra interfaz, como en el caso de *Kiss me first* o de *Upload*, o en la forma de un robot de efigie idéntica al fallecido, como en *Black mirror*. Del mismo modo, aquí nos preguntamos: ¿quién es el que habla? En los tres ejemplos vibra la misma experiencia, la misma tensión entre el deseo de tener frente a sí a la persona otrora perdida y, a su vez, la duda de a qué corresponde aquello que se está viendo.

Sin duda, las figuras de Patroclo, Héctor, Polinices y Tiresias siguen apareciendo y haciendo sentir una mezcla de miedo y anhelo, pero se manifiestan en espacios diferentes. Ahora bien, debemos poner cuidado con la expresión "espacios diferentes", pues podríamos caer en la tentación de considerar lo virtual como un ámbito in-comunicable con lo que algunos tildan como el "mundo real". ¿Acaso existe tal cosa como un "mundo real", sólido



POSTER DE *BLACK MIRROR* PARA EL LANZAMIENTO DE SU TERCERA TEMPORADA, CAPÍTULO *BE RIGHT BACK* (2016)

VERÓNICA CARRATELLO

e inquebrantable? ¿Podríamos tener la certeza de que lo que acontece en nuestros dispositivos digitales está completamente separado de lo que llamamos “real”? Más bien, habría que considerarlo a partir de lo que Lévy sabiamente ha enunciado, en tanto que lo virtual es una forma de ser fecunda, potente, creativa de nuestra cotidianidad, bajo la superficialidad de la presencia física inmediata, y que abre distintas expresiones de sentido⁹. Así, las diversas interfaces, las relaciones algorítmicas, los razonamientos de las inteligencias artificiales no pueden sernos ajenos. Son parte de un mismo fluir creativo, son, a su vez, fuerza fértil y engendradora de lo que nos rodea. Para también decirlo con Heidegger, la tecnología es una forma de revelación¹⁰.

En este sentido, estas inteligencias artificiales implican actos de revelación que replantean la definición y los límites entre la vida y la muerte¹¹. Esta ambigüedad, para los expertos, se piensa en términos de la figuración de presencias *post mortem* activas o pasivas. La conmemoración pasiva es una interacción unidireccional en la que los muertos guardan silencio y los dolientes interactúan, como en las páginas de Facebook memorial. La presencia activa es una interacción bidireccional, como un avatar interactivo o un chatbot¹², como en el caso de Project december, HereAfter AI o Replika. De hecho, podemos hablar de un más allá digital, comprendido como un espacio vertical donde residen datos, activos, legados y restos digitales como parte del alma cibernética que emerge en estas experiencias con las que entramos en contacto¹³.

Ahora bien, ¿quién podría señalar como falsa la experiencia de James Vlahos cuando decidió conversar con su difunto padre a través de Dadbot, actual HereAfter AI? ¿Cómo podríamos desestimar el deseo de Joshua Barbeau frente a la figura de su prometida, a quien pudo volver a ver gracias a Project december? Y, más aún, ¿cómo situarnos ante el doloroso reencuentro de una madre con su pequeña hija en el documental *Meeting you?* Como dije desde el principio, aquí no pretendo fijar una contundente postura ética, pero sí he querido que podamos aproximarnos a estas experiencias como auténticas, aunque escalofrantes, para quien las vive.

Si todo esto fuera *falso* y no floreciera en nosotros la menor emoción, ¿cómo es que, incluso, esto nos lleva a dudar sobre los límites que estamos tocando? ¿El que accede a este acontecimiento y se siente perturbado puede argumentar a su sensibilidad que se trata de una imitación? ¿Qué es aquello que nos conmueve? Es curioso cómo gracias a la tecnología tenemos esa posibilidad de reformular, replantear lo que pensamos sobre la muerte y los fallecidos y ella nos recuerda, a su vez, que la fuerza que nos une, que nos permite la revelación, es la tensión del deseo –eros– por reencontrarnos, de reconocer silenciosamente la fragilidad de las fronteras. Volviendo, pues, a la cita de Rohde, en los sueños, apariciones y en lo virtual se muestran las *eidola*, fragmentos de memorias, presencias y misterios. Entonces, ¿dónde situamos el mundo de los vivos y el de los muertos? ¿Alguna vez fueron distintos?

NOTAS

- 1 Eurípides, *Polyeidos*, frag. 638.
- 2 Rohde, E., *Psique: la idea del alma y la inmortalidad entre los griegos*. (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1948), 12.
- 3 Rohde, Psique, 10.
- 4 *Iliada*, 23, 103-107.
- 5 *Odisea*, 11, 207 ss.
- 6 *Eneida*, II, 289-295.
- 7 Cfr. Ross Clare, *Ancient Greece and Rome in videogames* (Londres: Bloomsbury, 2021), 7 ss.
- 8 Cfr. Ginger Liu, “Staying alive in the AI death tech industry”, Medium, 18 de abril de 2023, <https://medium.com/technology-hits/staying-alive-in-the-ai-death-tech-industry-dd9e34a10415>
- 9 Cfr. Pierre Lévy, *¿Qué es lo virtual?* (Barcelona: Paidós, 1999), 13.
- 10 Cfr. Martin Heidegger, *The question concerning technology* (Nueva York: Harpercollins Publishers, 1977), 12.
- 11 Cfr. Francesca Ferrando, *Philosophical posthumanism* (Londres: Bloomsbury, 2019), 35.
- 12 Cfr. Maggi Savin-Baden y David Burden, “Digital immortality and virtual humans”, *postdigital science and education 1* (2019): 87–103; Fiorenza Gamba, “AI, mourning and digital immortality. Some ethical questions on digital remain and post-mortem privacy”, *Études sur la mort 1*, no. 157 (2022): 13-25.
- 13 Cfr. Maggi Savin-Baden, *AI for death and dying* (Boca Raton: CRC Press, 2022), 32 ss.

*Magíster en Filosofía, investigadora del Centro de Investigación y Formación Humanística, profesora de la Escuela de Letras y doctorando en Filosofía de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB).

A person with dark curly hair, wearing a black VR headset and a yellow t-shirt, is shown in profile from the chest up. They are looking towards the left, with their right hand raised as if interacting with a virtual environment. The background is a plain, light-colored wall with a green plant visible in the lower left. The overall lighting is soft and natural.

INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Sentido de realidad

RAFAEL TOMÁS CALDERA*



FOTO: IMAGEN GENERADA POR IA

***Go, go, go, said the bird: human kind.
Cannot bear very much reality.***¹

1

La irrupción de ChatGPT en el ambiente de las redes sociales —casi una marcha triunfal— ha desatado multitud de especulaciones acerca de una transformación de la vida de la cual este chat resulta como un heraldo, si acaso no el protagonista.

Sin duda, los desarrollos en inteligencia artificial (IA) pueden ser usados (como toda tecnología poderosa) para mucho daño, pero también para logros que hoy están aún lejos de nuestro alcance. El admirable Salman Khan ha planteado (es más: trabaja en eso, por lo pronto en los programas de su academia) cómo el chat, en sus diversas versiones, nos permitiría realizar el sueño de que cada alumno tenga un “tutor particular”, así como cada profesor podría tener un “asistente” para él solo. No puede minimizarse lo que esto representaría en el mundo de la educación formal, más si cabe en los países económicamente deprimidos.

Diría que la propuesta de Khan confirma la verdad de las afirmaciones de John Vervaeke acerca del error que supondría considerar la IA como una “herramienta” más, sin duda muy poderosa, pero herramienta, al fin y al cabo. Eso sería olvidar la suerte de “actividad espontánea” que estas nuevas creaciones pueden desarrollar. Khan, por ejemplo, insiste en que su chat (Khanmigo) interroga de manera socrática al estudiante para ayudarlo en su comprensión del tema.

Es asunto para mucha polémica y, como suele ocurrir con las grandes innovaciones, para profecías de diversa laya, algunas en verdad apocalípticas. No es nuestra intención detenernos en ello, menos aún aportar alguna visión de futuro de cosecha propia. En cambio, quisiera considerar algunas implicaciones de la introducción de la inteligencia artificial en el mundo de lo cotidiano.

2

Byung-Chul Han ha escrito de nuestro vivir *en informaciones* más que con cosas reales y cómo esto nos hace perder el sentido de realidad. El punto tiene mucha importancia puesto que el ser humano —diría Zubiri— es un “animal de realidades”.

No cabe duda de que, inmersos la mayor parte del tiempo en la *realidad segunda* que hemos generado con los medios de comunicación, podemos perder la capacidad de distinguir lo verdadero de lo falso. No en vano estamos en el tiempo de la posverdad, las *fake news* y los personajes supuestos.

Al hablar de “inmersión” queremos decir no un mero “estar conectado”, sino el grado de atención que prestamos a lo que ocurre en el mundo de las redes. Atender significa también (si no, sobre todo) *valorar*, de tal manera que el tiempo invertido y la respuesta continua a las “notificaciones” del *smartphone* terminan por conformar nuestra estimativa: aquello (lo que sea que se nos presente) es lo que importa.

Tiene por eso mucho sentido hablar de *realidad segunda*. Hemos “construido” un ámbito donde pasamos buena parte del tiempo, superpuesto, podríamos decir, a la realidad primaria donde tenemos ser.

Sin duda, las nuevas técnicas permiten dar mayor cuerpo a esa realidad superpuesta. Imágenes visuales, sonidos, acciones, todo ello con una apariencia de verdad que fascina, al mismo tiempo que confunde. Lo recibido nos envuelve de tal manera que hay reacciones afectivas innegables: desde una descarga de adrenalina ante un combate, un accidente o la aparición de alguna amenaza, a las lágrimas que pueden acompañar la narración de escenas humanas conmovedoras.

Ello trae consigo la dificultad de discernir el carácter —ficticio o verdadero— de lo que se nos presenta. Algunos, con buen juicio, han propuesto ya la adopción de algunas reglas que, justamente, permitan a quien recibe los contenidos saber a qué atenerse.

El asunto puede llegar a ser grave, muy grave, por la capacidad de engaño y, por consiguiente, de manipulación de la gente.

El episodio de *La guerra de los mundos*, puesto en escena en la radio por Orson Wells, quedó como paradigma de lo que podía producirse: el 30 de octubre de 1938, noche de Halloween, el mundo asistía a uno de los fenómenos que ha marcado la historia de los medios de comunicación. Una narración inocente, de apenas una hora de duración, provocó el pánico entre miles de personas que salieron despavoridas, en el conven-

cimiento de que el mundo estaba siendo invadido por un ejército de alienígenas.

Los productores del video sobre *El fin de la realidad* extrapolan en esa dirección: las creaciones de la IA resultan tan verosímiles que incluso conducen a la guerra entre países.

Acaso se pueda decir que estructuralmente el problema nos acompaña desde antiguo, solo que hay ahora un cambio en magnitud.

Platón formuló el mito de la caverna para hacer ver cómo la mayoría vive en lo pseudo: toma como reales las sombras que se proyectan en la pared. El pensamiento oriental hablará de *maya*, que significa la irrealidad del mundo que percibimos. Y el poeta exclama que la raza humana no puede sobrellevar demasiada realidad.

Con la IA, sin embargo, la caverna se verá enriquecida. No tendríamos esas torpes sombras en la pared, sino un verdadero despliegue de imágenes, con sonido y texto, capaces de captar la atención del propio filósofo.

Por ese camino no habrá un final de lo real que conocemos y en lo cual vivimos. Sin embargo, la ampliación del ámbito de la *realidad segunda* y el desarrollo de los recursos para la producción de contenidos van a tal velocidad que resulta urgente hacerse la pregunta acerca de nuestro sentido mismo de realidad: ¿cómo seremos capaces de preservarlo?

3

Situarnos en las dimensiones del actuar humano nos permitirá quizá acotar el problema, al menos en una cierta medida. Esas dimensiones son, como sabemos, la técnica, que modifica lo exterior al sujeto; la acción moral dirigida a su realización, y el conocimiento especulativo, de donde la ciencia y, aún más, la sabiduría.

El impacto de la IA se hace (y se hará) sentir con fuerza en la dimensión de la actividad técnica del sujeto, abarcando en ella su trabajo profesional. Por eso, si algo preocupa, con mucha razón, es la cuestión del empleo y en qué medida perderemos el trabajo por efecto de la nueva automatización. Daniel Susskind ha podido escribir un libro con el desafiante título de *A world without work*, donde analiza con detalle la cuestión.

En este terreno, no cabe duda de que la IA sustituirá mucho de la fuerza laboral, aunque —como ha ocurrido en situaciones anteriores— puede anticiparse que dará lugar a nuevas ocupaciones. La necesidad de reubicar a quienes podamos quedar sin trabajo ha impulsado las discusiones acerca de una *renta básica universal*, suerte de subsidio que garantice al menos el sustento a toda persona. El tema tiene demasiadas aristas, por lo que no es difícil comprender que la propuesta haya sido rechazada por referendo en la capitalista nación Suiza.

Al plantearse, sin embargo, un nuevo campo de actividad que pueda ser asumido por algún dispositivo de IA, es preciso volver a la pregunta que Joseph Weizenbaum se hizo cuando le fue sugerido que su invención —el lenguaje *Eliza*— permitiría a las computadoras pasar

consulta psiquiátrica. La pregunta, clara y decisiva, fue: no se trata de que *puedan* hacerlo, sino de que *se deba* hacer.

Ello sugiere un límite que ha de ser considerado cada vez que se proponga un nuevo desarrollo. Hay actividades, como cuidar a un ser humano desvalido, que no deben ser confiadas a una máquina, por perfecto que pueda ser su (presunto) desempeño.

Es una constante del progreso tecnológico que cada avance en el dominio sobre la naturaleza pone mayor peso sobre la conciencia de los seres humanos. Lo bueno (o lo malo) que se haga ahora dependerá del querer de las personas.

4

La dimensión del conocimiento, en cambio, se presenta de otra manera. Es cierto, ya lo vivimos, que los motores de búsqueda de información son de enorme utilidad en el trabajo intelectual o, en general, en el manejo de datos. Confundir, sin embargo, información con conocimiento, o simple conocimiento con sabiduría, nos alejaría mucho de la comprensión del tema. Eliot¹ se preguntaba, años atrás, aquello de:

Where is the wisdom we have lost in knowledge?

Where is the knowledge we have lost in information?

[¿Dónde está la sabiduría que se nos ha perdido en conocimiento?

¿Dónde el conocimiento que se nos ha perdido en información?]

El conocimiento es un acto del sujeto; la sede de la verdad es el alma de cada persona. ¿Se falsificarán tesis universitarias, *papers*, libros enteros? Todo ello es posible y, sin duda, no dejará de ocurrir. De hecho, ocurre ya sin la poderosa ayuda del ChatGPT4. Pero, en ese caso, reducimos el conocer a una actividad técnica, esto es, lo medimos por un producto externo. Olvidamos entonces que lo más importante es el desarrollo mismo de la comprensión en la persona. En definitiva, es la persona lo que más cuenta.

Aquí se plantea de nuevo la pregunta acerca de la preservación del sentido de realidad.

Es cierto que tener un ámbito generado por la imaginación donde se vive, al menos un rato, es cosa antigua. El teatro ha acompañado a la civilización y su capacidad catártica ha modelado la sensibilidad a través del tiempo. Luego, el desarrollo de la literatura —don Quijote pasaba *las noches de claro en claro* y *los días de turbio en turbio* leyendo novelas de caballería—, y con mucha fuerza, el cine, nos han acostumbrado a entrar en un ámbito en el cual la *suspension of disbelief*, como se ha dicho, nos permite compartir lo presentado como de alguna manera real.



La mención de don Quijote, a quien *se le secó el cerebro*, nos sugiere ya la necesidad de una profilaxis de orden personal. O, según el caso, de una verdadera terapia.

Sin duda, lo primero será practicar la moderación. Sustraernos al embrujo de la realidad secundaria y sus nuevas maravillas. Para ello, se podría decir, es necesario redescubrir la importancia del contacto con la naturaleza, sin mediaciones electrónicas; la importancia de la comunicación amistosa, cara a cara; la primacía de la acción personal por sobre la condición de mero espectador o de “retransmisor”, como ese simulacro de actividad personal que consiste en reenviar contenidos en las redes sociales.

En esa profilaxis será necesario preguntarse, en cada caso, si lo leído, oído o visto *es verdad*. Aun sin una respuesta fehaciente a la mano, la pregunta misma ya nos saca del sopor en el cual nos ha sumido la sobreinformación disponible. Sobre todo, nos ayuda para actualizar la tensión de nuestro entendimiento a lo real. De ese modo, se mantiene el espíritu despierto.

5

Si la dimensión del conocimiento nos revela un ámbito personal en el cual la IA no puede sustituir a nadie, ello es aún más así en la dimensión del actuar libre.

Para considerarlo, acaso será oportuno situar desde el inicio lo más pleno del actuar humano: el amor personal.

La relación interpersonal no ha de ser sustituida. Sin duda, la mediación electrónica ayuda, pero lo esencial será esa comunicación de la intimidad, en medidas variables según la naturaleza de la relación, donde cada persona al mismo tiempo se actúa, se hace presente y se entrega.

Por eso, tampoco se puede remplazar el ejercicio de la libertad que funda la amistad y el amor esponsal. Querer el bien de alguien, querer bien a esa persona es máximo empeño de libertad. Muy diferente a la respuesta provocada por imágenes seductoras o amenazantes. Hablamos, en suma, de los actos más personales del sujeto, aquellos que no puede delegar en otro, menos aún en una máquina, como no podría delegar su propia existencia.

6

El desafío de la realización del ser humano es permanente y toca siempre a la cabeza y al corazón. Así, ha de mantenerse la claridad esencial acerca del fin de la educación, que no puede ser sino el desarrollo y la realización de la persona a través de sus actos más propios, el conocimiento y el amor. Asegurar que la persona vive en la verdad, por la experiencia de lo real —la realidad primaria— y el diálogo amistoso.

La invasión de la vida por los recursos de la IA lo puede hacer más difícil y más de uno perderá el rumbo. Pero también lo puede facilitar, al descargar sobre la máquina todo aquello que la máquina puede hacer con ventaja.

Al final, hemos de tener claro el destino de la persona. Su encaminarse a la trascendencia y a la unión con el Absoluto Personal, con Dios. Que tal es la cuestión definitiva, y siempre planteada, lo muestran bien esos que admiramos como grandes testigos de lo humano.

NOTA DE AUTOR

Este artículo fue publicado originalmente en lagranaldea.com, el 4 de junio de 2023.

NOTAS

- 1 T. S. Eliot, *Four quartets*, Burnt Norton I, 43-44.
- 2 Choruses from *The rock*, I.

*Doctor en Filosofía por la Universidad de Friburgo (1974). Profesor titular del Departamento de Filosofía de la Universidad Simón Bolívar. Individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua. Miembro de la Sociedad Venezolana de Filosofía y la Academia Pontificia de Santo Tomás de Aquino.

 www.revistasic.org

 @revistasic

 @revista_sic

 Revista SIC

